

1994 visto por Woldenberg

Raúl Trejo Delarbre

Se ha vuelto lugar común considerar que 1994 fue un año terrible. Aparentemente lo fue, si recordamos los episodios drásticos que hicieron notables aquellos doce meses, desde la irrupción zapatista que inicialmente parecía atascada en el delirio de la ruptura armada, hasta los asesinatos del candidato presidencial y el secretario general del PRI y, más tarde, la crisis financiera que devastó economías nacionales y familiares. Pero si tomamos como indicador las preocupaciones de José Woldenberg en los artículos de prensa reunidos en este libro, podemos reconocer que después de todo las amenazas que nos estremecieron en 1994 pudimos remontarlas y el país no se desbarató.

Publicada inicialmente en 1995, la reedición de *Violencia y política* es pertinente para documentar la memoria pero además para recuperar experiencias. Ante el amago de la violencia, pudieron más la necesidad y la capacidad para hacer política. Por eso el título de este libro, que describe el tránsito y la vocación padecidos primero y definidos después por nuestro país en 1994, no manifiesta cabalmente aquella ruta. En las 318 páginas de esta nueva edición hay únicamente 79 dedicadas a la primera de esas coordenadas —es decir, a la violencia—. El 75 por ciento restante está destinado a describir y respaldar la tortuosa, parsimoniosa e incluso con frecuencia aburrida y farragosa construcción de la política.

Ese tránsito incluyó el compromiso que asumió José Woldenberg en mayo de 1994 al ser designado consejero ciudadano del Instituto Federal Electoral. Es decir, cuando el autor del libro comenzó a publicar los primeros textos incluidos en esas páginas era un profesor universitario con

acceso a la prensa. Poco más tarde formaría parte de la nueva autoridad electoral. Seguramente a ese cambio de perspectiva se debe también el énfasis de la mayor parte de los textos recopilados en *Violencia y política* que reconocen en el último de estos componentes un valor tan imprescindible, pero a menudo tan sometido a inconsecuencias y frivolidades, que debe construirse a partir del infrecuente ánimo para articular acuerdos a pesar de las diferencias que mantienen los actores de la vida pública.

El quehacer político, entendido como diálogo antes que confrontación, es obsesión creativa que el autor de este libro reclama primero y más adelante tiene oportunidad de practicar. Su tránsito personal es relatado con agudeza en uno de los mejores textos de la compilación cuando, no sin pesadumbre, cuenta cómo, después de haber sido jugador que llegó del llano a las primeras ligas, a partir de entonces será árbitro de la competencia política.

José Woldenberg insiste en la necesidad de edificar cauces y reglas para que haya “confianza mutua” entre los protagonistas de la competencia electoral. Ya en marzo del 94 reconoce que el entorno dista de ser sencillo pero propone: “quiero seguir pensando que el país cuenta con los recursos institucionales y los profesionales de la política suficientes para forjar pactos, reformar normas, cambiar disposiciones, ofrecer garantías, en una palabra, con el capital político suficiente para anudar, sin injerencias externas, condiciones para unas elecciones confiables”. Y recalca: “Lo creo y quiero creerlo”. Ese animoso voluntarismo se sustenta en un diagnóstico del escenario público que no soslaya dificultades pero tampoco se allana ante ellas.

DESCONFIANZA Y VÍA ELECTORAL

A mediados de aquel año ya resulta evidente que el país se encuentra en una entonces incierta pero incontenible transición. “Se acaba la política que podía procesarse bajo el manto de un solo partido, se acaban las elecciones sin competencia”, observa Woldenberg, pero el curso de esos cambios es dudoso. “No extrañaré la época que se va —escribe en junio—, aunque sé que los usufructuarios de sus beneficios no dejan ni dejarán que el tránsito sea sencillo”.

La creación de garantías para que la política pudiera desarrollarse en el difícil contexto de 1994 es descrita incluso con una minuciosidad que pudiera empachar a quienes busquen en estas páginas la narración estremecida de un país al filo de la catástrofe, pero resulta muy representativa de preocupaciones básicas en aquellos años. La importancia de que las tres formaciones políticas cardinales reconocieran en la competencia electoral la única vía para disputar el poder es reseñada desde la designación de candidatos presidenciales. Luego asistimos a puntillosos relatos de las decisiones del IFE sobre temas como la supervisión del padrón, las mesas directivas de 96 mil casillas, la suspicacia ante las listas nominales, los nombres más repetidos.

Las sofisticadas medidas que desde 1994 son esenciales para resguardar nuestras elecciones han sido necesarias para abatir, o al menos atenuar, el fantasma que recorre las instituciones mexicanas y que constantemente amenaza con erosionarlas. Esa sombra no ha sido la violencia, sino la desconfianza. La insistencia de algunos para que el IFE importara tinta indeleble de Sudáfrica (como la que se utilizó en la elección en la que acababa de ganar Mandela) a fin de

marcar con ella los pulgares de quienes habían votado en vez de emplear la tinta fabricada en el Politécnico, da cuenta del extendido recelo de quienes, ocurriese lo que ocurriera, habían decidido apostar por la suspicacia.

La desconfianza de “una opinión pública inoculada por una larga historia de irregularidades y fraudes” no podía ser atenuada sino con claridad y rigor en el cómputo de los votos. Los artículos de Woldenberg entre agosto y noviembre de 1994 están colmados de cifras pero también de explicaciones ante los reclamos de quienes querían sospechar de los resultados electorales. En ese trecho señala el desliz de aquellos que confunden a la política con la propaganda y deplora: “Cuando los actores se convierten en jueces y sus cortes en tribunales, la guerra de propaganda se instala y se reproduce”. Es indeseable que “las respuestas que sí puede ofrecer la actividad política queden bloqueadas, opacadas”.

Así que asentar y preservar a la democracia no es una tarea que pueda reducirse a reglas capaces de garantizar la equidad política ni a la existencia de árbitros honorables. Esos son requisitos ineludibles, pero no bastan. Las ideas que pululan acerca de los asuntos públicos, la confianza de los ciudadanos, son esenciales para que las instituciones políticas sean conocidas pero además reconocidas y allí se encontró uno de los escollos más onerosos en la transición mexicana.

MEDIOS, RESPONSABILIDAD INCUMPLIDA

Ya en sus balances iniciales del proceso electoral de 1994, Woldenberg apunta la necesidad de “comprometer legalmente a los medios masivos de comunicación a ser coadyuvantes en la construcción de una cultura democrática”. Pero con el sistema de medios que teníamos entonces y que en lo fundamental es el mismo que hay en este país 19 años después, resulta peliagudo suponer que la democracia, y sobre todo la deliberación en la que puede solidificarse, encuentren espacios suficientes. Desde entonces se advertía que, lejos de ser foros para facilitar el acercamiento de partidos y candidatos hacia los ciudadanos, los me-



José Woldenberg

dios más influyentes con frecuencia erosionaban la equidad en las campañas. En uno de los textos finales, en donde resume los logros del proceso electoral del 94 y apunta nuevas necesidades del sistema electoral, Woldenberg considera que debían establecerse límites a los gastos en publicidad especialmente en televisión. Los partidos y sus legisladores demoraron 13 años para resolver que la propaganda política en medios electrónicos se difundirá solo en espacios gratuitos asignados por la autoridad electoral. Los dirigentes políticos, y no pocos analistas, tardaron demasiado en reconocer que las recomendaciones y solicitudes a empresas mediáticas para que tengan un comportamiento ponderado son inútiles si no están respaldadas por reglas suficientes y claras. A estas alturas, pretensiones como la que incluían Woldenberg y otros cuatro consejeros electorales ciudadanos para que en los medios electrónicos la cobertura de las campañas sea “objetiva, equitativa y veraz” resultan insuficientes y un tanto cándidas. Lo que hace falta es diversidad de medios de comunicación a fin de que las subjetividades de unos y otros ofrezcan a la sociedad un panorama variado y completo de apreciaciones sobre los asuntos públicos.

FASCINADOS CON LA GUERRA

Si en el transcurso de estos años la agenda pública se ha diversificado y enriquecido de tal suerte que hoy podemos hablar de asuntos como las reformas mediáticas e in-

cluso, por desdicha, de la reciente contrarreforma electoral, ha sido porque a pesar de persistentes tropiezos la construcción de la democracia no se ha detenido y porque en momentos difíciles como los de aquel 94 la mayor parte de los actores de nuestra vida política se han definido por el tránsito institucional. No estaba tan generalizada esa convicción en los confusos meses iniciales de 1994 cuando eran muy pertinentes exhortaciones como las de Woldenberg, que desde el 8 de enero insistió: “no nos acostumbremos a la guerra, a su lógica y a su lenguaje”. En contraste con no pocos comentaristas que en aquella circunstancia dudaron o de plano se allanaron a una irresponsable fascinación por la vía armada, el autor de este libro reconoció en la Declaración de Guerra del EZLN “una pieza delirante”, denunció “el oportunismo de los ‘duros’ de todos los bandos políticos” y reconoció los esfuerzos tanto de la sociedad como del gobierno para una negociación política. A contracorriente de la que en esos meses era una veleidosa expresión de “corrección política”, Woldenberg recordó que “no todo lo que hagan los pobres debe ser apoyado” y, citando a Carlos Fuentes, consideró: “su desesperación es comprensible, sus métodos no”.

En varias docenas de páginas Woldenberg mantiene una sólida línea argumental a favor de la solución política, recuerda las inmensas carencias sociales en Chiapas y dice: “la fascinación por la violencia que se multiplica por todas partes me resulta no sólo repulsiva sino deprimente”. Durante varias semanas comenta las negociaciones en San Cristóbal de las Casas, advierte la existencia de comunidades no zapatistas en la zona del conflicto, amplía la mirada para reflexionar sobre la crisis del Estado. Pero durante casi dos meses escribe sin hacer una sola referencia directa al enmascarado que encabezaba la rebelión zapatista. Evidentemente al autor de esos textos le resulta difícil discutir a un personaje en tantos sentidos tan esquivo. No es sino hasta el 24 de febrero cuando Woldenberg menciona al dirigente del EZLN al decir: “algunos festejan las ocurrencias del *subcomandante Marcos*”. Para entonces el autor de este libro ha escrito 14 artículos contenidos en unas 50 cuartillas. Woldenberg no

solamente rebatía esas ocurrencias sino, sobre todo, trataba de aportar elementos de discusión para mitigar los efectos que contraban en la vida pública.

AFECTUOSO RECUERDO DE COLOSIO

Por eso rechaza el asesinato de Luis Donaldo Colosio con tanto énfasis que no duda en considerarlo “canallesco” y en reconocer antes que nada que ese crimen trajo “paso y tristeza”. Aun en las horas difíciles que siguieron al asesinato del candidato presidencial priista, Woldenberg insistió en que ante la violencia era imprescindible reivindicar a la política como “la actividad que debe fortalecer los conductos de la convivencia social y de la confrontación en términos cívicos”. Era además la mejor manera de reconocer a Luis Donaldo, a quien José Woldenberg desde aquel primer momento después del asesinato recordó como “la negación misma del político prepotente... llamaba poderosamente la atención su sencillez, su capacidad de escuchar y de plantear los problemas sin retorcimientos... hablaba con respeto de sus adversarios e irradiaba las ganas de construir un código político de entendimiento alejado de fundamentalismos”.

La misma postura es reiterada medio año más tarde, cuando el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu. “Si la actividad política está obligada a inyectar racionalidad, certeza y horizonte a la vida social, la violencia terrorista produce miedo y especulación”, escribe Woldenberg el primero de octubre. “Estamos hartos y avergonzados”, dice una semana después, cuando para exorcizar la opresiva presencia de la muerte se cobija en el gran Jaime Sabines que aconseja: *Cuando tengas ganas de morirte / esconde la cabeza bajo la almohada / y cuenta cuatro mil borregos. / Quédate dos días sin comer y verás qué hermosa es la vida: carne, frijoles, pan. / Quédate sin mujer: verás.*

MODAS POLÍTICAS Y MEDIÁTICAS

Lamentablemente hay necios que no leen a Sabines ni a Woldenberg y que en las dos décadas recientes han hecho de la seduc-



ción por la violencia, o de la promoción de la desconfianza, modas e incluso negocios políticos y mediáticos. El compromiso con la política y todo lo que eso implica —compromiso con las normas e incluso con la voluntad para reformarlas, respeto a los contrincantes, preferencia por el diálogo por encima de la ruptura— no ha sido tan sólido como exigiría una democracia revalidada en la vida pública cotidiana. Woldenberg subraya la fragilidad del compromiso de los ciudadanos con la democracia cuando, en la antesala de la elección presidencial de agosto, explica y cuestiona el éxito del desafío zapatista: “el reto del EZLN no fue sólo para el gobierno sino para todos los actores políticos. Y puso de manifiesto que en muchos casos las convicciones democráticas son más bien epidérmicas, coyunturales, instrumentales, quizá confusas. Han sido demasiados los que estando comprometidos con los métodos de la política democrática y pacífica, dudan o parecen dudar de las virtudes de ésta. Una especie de mala conciencia, de deslumbramiento por las armas o incluso de simple y llano oportunismo impide asumir algo que (me) parece rotundo: no fue el EZLN el que abrió el cauce para la democracia sino que éste se benefició de los avances democráticos que los esfuerzos de miles y miles de mexicanos han construido a lo largo de muy difíciles años”.

Más aún: si algo significó el EZLN respecto de ese proceso democrático fue una amenaza directa, un desafío a la postre bravucón y derrotado por la política pero en sus

inicios capaz de ofuscar a no pocos ciudadanos. Si la apuesta por la violencia tuvo eco en algunos sectores, fue por el recelo anidado en el ánimo de la sociedad mexicana.

Esa desconfianza, que en ocasiones asume formas de aventurerismo, maniqueísmo y fundamentalismo en la opinión de algunos sectores y ciudadanos, fue paliada con mejoras en los procedimientos electorales y haciendo de los comicios un referéndum contra la violencia como sucedió en 1994. Pero dos décadas más tarde la suspicacia como gesto y recurso políticos y no como fuente de exigencias intelectuales prevalece en sectores y opinadores que a veces alcanzan una eficacia inversamente proporcional a su escaso rigor argumental.

A la vez la seducción por la violencia y los violentos, como se constató recientemente en Sinaloa, deslumbra en segmentos de la sociedad mexicana. Vale la pena preguntarnos qué omisiones hemos cometido, en qué nos equivocamos, qué ha faltado, cuando voces racionales y sensatas como la de José Woldenberg no son suficientes y no siempre encuentran el eco que sería deseable para atenuar o acotar no la desconfianza (que suele ser motor de explicaciones y decisiones) sino la proliferación de simplezas y embustes en el escenario público mexicano. El perfeccionamiento en las reglas para la competencia política no ha estado acompañado por la construcción de una cultura política extendida a la vez que reforzada en la deliberación como antídoto a la especulación.

Al comentar las muchas medidas pendientes para reforzar la limpieza en los comicios, desde fines de 1993 Woldenberg anticipaba, siguiendo al personaje de Calvino en *La jornada de un escrutador electoral*, que hacía falta “no hacerse nunca demasiadas ilusiones” pero, al mismo tiempo, “no dejar de creer que cualquier cosa que se haga puede ser útil”. Las explicaciones y definiciones que nutren este libro son indudablemente útiles no únicamente para reconstruir nuestra historia reciente sino como recordatorio muy vigente de las amenazas que la violencia, siempre y también hoy, presenta ante la política. **U**

José Woldenberg, *Violencia y política*, segunda edición, Cal y Arena, México, 2014, 318 pp.